

ESTAMPAS DE UN VIAJE A CHILE

● LA LLEGADA DE JORGE NEGRETE

Estamos escribiendo encerrados en el cuarto del hotel. Un ruido extraño se trepa hasta las ventanas de nuestro octavo piso. Nos asomamos a mirar y vemos una multitud apiñada junto a un coche del que penden unos pajaros mejicanos. Adivinamos que el que saluda, de pie sobre el coche, es el tan anunciado Jorge Negrete. Allí, en el centro de todas las miradas, está el astro del cine. El pueblo, como un mar, empieza por acercarse al coche. El cordón policial se quiebra a los embates de la muchedumbre. Una mujer se desmaya y Jorge Negrete la alza a su coche, y entre cachetazos, la despierta. El público sigue delirante, y el astro, en un momento se eclipsa encerrándose en el hotel. A propósito de este actor de cine a quien —ay! hemos visto otra vez en la pantalla—, podríamos decir lo mismo que le dijo un día Voltaire a un vate que lo llevó a leer, sin quererlo, sus malos versos: “¡He leído sus versos, ya me lo pagaré!” Nos ha llegado, pues, nuestro instante de saldar la deuda con este actor que nos hizo ver una película suya sin quererlo. Y así podemos decir cuánto nos duele —hoy en Chile, mañana en Montevideo— que el pueblo se extravíe ante este enorme cursi del cine mejicano. No es culpa suya. Es culpa de que esto que debiera ser un arte, el cine, caiga en las manos sucias del comercio. Así pensamos si podrá alcanzarse un día en que aquel proyecto olvidado de Emilio Oribe —aquel sí otro parecido— “la nacionalización

del séptimo arte” pueda ser aprobado para hacer del cine un elemento de alta cultura y no un medio espúreo de pervertir al pueblo y aumentar las ganancias de los traficantes.

● DOMINGO SANTA CRUZ O LA DICTADURA MUSICAL

Este cultísimo país de Chile es de los pocos del mundo nuevo que ha elevado la práctica de los artes a la jerarquía universitaria. Aquí existe una Facultad de Bellas Artes cuyo decano es Domingo Santa Cruz. Conocer a Santa Cruz es tener las llaves seguras para entrar dentro del laberinto de todos los esfuerzos artísticos. Pero Santa Cruz es ante todo músico. Y vive en música y en músico, de la mañana a la noche. A él se le debe el progreso alcanzado por el arte musical y todas las obras de cultura donde ingresa la música. La orquesta sinfónica, el instituto de extensión musical, los conciertos culturales de barrio, el instituto de investigación folklórica, la revista musical, todo ha surgido desde esta llama de entusiasmo y tesón que es Don Domingo Santa Cruz. Lo llaman el dictador, porque todo lo pelea para la música, a veces un poco olvidado de los otros artistas, los pintores y escultores. Pero el reproche es injusto. Porque el remedio en Chile no estaría en voltear la magnífica dictadura de Don Domingo Santa Cruz sino en encontrar o inventar otro Don Domingo, para las artes plásticas.